

si de veras no tienes corazón! ¡Y vaya si ten* a corazón! Lo que no tenía el infeliz era dinero.

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¡Quién le había dado aquel peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda, el peso era falso! Y lo que es peor, jera el último!

Su dueño entonces se puso a hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral— La verda es, se decía, que soy un badulaque. Esta tarde recibí en la oficina un billete de veinte. Me parece estarlo viendo— **Londres-México**—el águila— Don Benito Juárez—y—una cara de perro. ¿A dónde está el billete?

En los zarzales de la vida deja alguna cosa cada cual; la oveja su blanca lana; el hombre su virtud!

Y lo malo es que mi mujer esperaba esos veinte. Yo iba a darle quince—pero de ¿dónde cojo ahora esos quince?

El caballero volvió a arrojar con ira el peso falso sobre el mármol de la mesa. Por poco no se le rompió al infortunado el águila, el alfiler de la corbata! La única ventaja con que cuentan los pesos falsos, es la de que no podemos estrellarlos contra una esquina.

¡A la calle! La Esmeralda que ya no baila sobre tapiz oriental ni toca donairosamente su pandero; la pobre Esmeralda que está ahora empleada en la esquina de Plateros y que, como los antiguos serenos, da las horas, mostró a nuestro héroe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora no hay dinero en la calle. Y era preciso volver a casa.

—Le daré a mi mujer el peso falso para el desayuno, y mañana—veremos! Pero nó! Ella lo suena en el buró y así es seguro que no me escapo de la riña. ¡Maldita suerte—!

El pobre peso sufría en silencio los insultos y araños de su padre putativo, escondido en lo más oscuro del bolsillo. ¡Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente a un garito. ¿Entraría? Puede ser que estuviera en él algún amigo. Además, allí lo conocían—hasta le cobraban de cuando en cuando sus quincenas— Cuando menos, podía abrir los créditos por cinco duros—Volvió la vista atrás y entró de prisa como quien se arroja a la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella noche; pero probablemente volvería a la una. El caballero se paró junto a la mesa de la ruleta. No sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que corre, brinca, ríe y da y quita dinero; ¡pero es tan chiquitina! Los pesos en columnas se aperciaban a la batalla formados en los casilleros del tapete verde. ¡Y estaba cierto nuestro hombre de que iba a salir 32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso—? La verdad es que aquello no era muy correcto—Pero alcabo, en aquella casa lo conocían—y—¿cómo habían de sospechar!

Con la mano algo trémula, abrió la cartera como buscando algún billete de banco—que; por supuesto no estaba en casa—volvió a cerrarla, sacó el peso, y resueltamente, con ademán de gran señor, lo puso al 32. El corazón le saltaba más que la bola de marfil de la ruleta. Pero, vean ustedes lo

que son las cosas. Los buenos mozos tienen mucho adelantado—Hay hombres que llegan a ministros extrajeros, a ricos, a poetas, a sabios, nada más que porque son buenos mozos. Y el peso aquel—ya lo había dicho—era todo un buen mozo—un buen mozo bien vestido.

¡Treinta y dos Colorado!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya cuerda se rompe. ¡Había ganado! Pero—¿y si lo conocían—? ¡No a él—al otro—al falso!

Nuestro amigo—porque ya debe ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha—tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdeñosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero los otros treinta y cinco en billetes.

¡No lo habían tocado!—¡No lo habían conocido—! Pagó el monte. Uno de veinte—uno de diez—y otro color de chocolate, con la figura de una mujer en camión y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras, **Cinco pesos**, del retrato de una muchacha muy linda, a quien el mal gusto del grabador le puso una águila y una víbora en el pecho. El de a diez y el de color de chocolate eran para la señora que suena los pesos en la tapa del buró. El de a veinte, el de Juárez, el patriótico, era para nuestro amigo—era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costillas a la milanesa; y, por remate, en un triste y desconsolado peso falso.

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban al rededor del tapete verde, hacían lado al dichoso punto para que entrara en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, el fué prudente, tuvo fuerza de ánimo y volvió la espalda a la traidora mesa. Volvería, sí, a dejar en ella su futura quincena, o propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es aquella noche se entregaba a las delicias y a los pellizcos del hogar.

Cuando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno, y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa a una señora en camión, rebotaba alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno con el peso falso, aquel honrado e inteligente caballero. Habría prestado un duro a cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioseros. Caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer que era tan buena persona, que lo estaría esperando—para que le diera el gasto.

**Puis, l'époux volage
rentrant au logis
pour paraitre sage
prend des airs conflits.
il pense á sa femme
—seule dans son lit—
et de chez madame
un galan s'enfuit....!**

**Voici l'aube vermeille,
Etc.**

Esto cantan en una opereto que se estrenó en París a fines del mes pasado y que se llama. **El Huevo Rojo**; pero esto no lo tarareaba siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

cierto muchachito que voceaba periódicos y a quien llamaban el inglés. Y parecía inglés en verdad, porque era muy blanco, muy rubio y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto no conocía a su padre—era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticionalmente por el mundo y que ninguno sabe dónde fueron acuñados. Pero a la madre, sí la conocía. Le pegaba. Ese sería su modo de acariciar. También cuando no se come, es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre; lo que no se tiene más que una vez, lo que siempre vive poco; la madre que aunque sea mala, es buena a ratos, aquella en cuya boca no suena el tú como un insulto—la madre, en suma—nada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena—ságre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero sangre, en fin de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años—amaba mucho a la mamá—Y a la hermanita, a la que vendía billetes— a esa que llamaban la francesa.

La madre, para él, era muy buena; pero le pegaba cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche—la del peso falso!—estaba el chiquitín con **El Nacional**, con **El Tiempo de mañana**, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía a volver a su accesoria, no por miedo a los golpes, sino por no afligir a la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vió el afortunado jugador, que quiso, realmente quiso darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos a un perillán de esa ralea, era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco en billetes. No le quedaba más que un peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bobo al muchacho.

—Toma, inglés, para tus hojas con catalán, ¡anda! ¡Emborráchate!

¡Y allá fué el peso falso!

Y no, el muchacho no creyó que lo habían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando **El Nacional** o **El Tiempo de mañana**, la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de techo; habría preguntado si era bueno o nó, al abarrotero que aun tenía abierta su tienda. Pero ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar alga a la mamá y a la herman! ¡Qué buen señor!— ¡Habría ganado algún premio en la lotería!— Sería rico! ¿Quién sabe—

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho:—Anda, ve y emborráchate!— Pero así dicen todos. cogió el Rarapiezo los periódicos, y corriendo como si tuviera fuerzas, fué hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita—la llamo viejecita aunque aporreara a ese muchacho, porque, al ca-

(Pasa a la Penúltima Pág.)